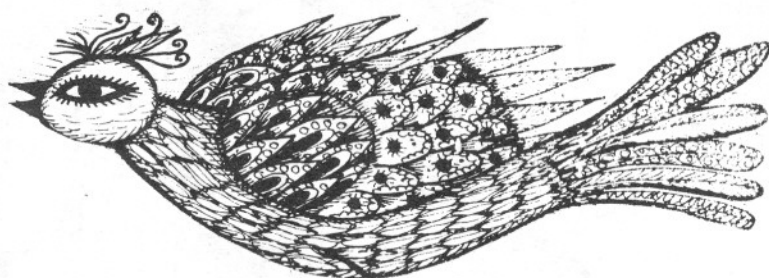


PARA SABERNOS HERMANOS



Desolado, me resisto a creer lo que muestran los periódicos: la transparencia de esta mañana en la ciudad de México, la tregua que un sábado sin polvo significa, todo está quebrado por la silenciosa contundencia de unas imágenes que testimonian la escandalosa presencia de la muerte en el inmóvil hacinamiento de los cuerpos de refugiados palestinos en Sabra y Chatila. Cierro los ojos. Estremece la certeza del odio y la violencia. Afincado en la frágil seguridad de la vida cotidiana, me resisto a aceptar que a un individuo se le puede convertir tan fácilmente en nada. La agresión sionista al pueblo palestino se vuelve, en este caso, dolorosamente real porque se particulariza en estos muertos y trasciende el carácter de dato habitual de la prensa. Pero, cuidado... el testimonio de un niño palestino que nos habla del disgusto que le produce comer los alimentos que la ONU envía a los campos de refugiados me impide caer en el terreno de la compasión. ¿No sabíamos de la posibilidad de esos asesinatos? ¿No supimos del sitio y bombardeo sionista de Beirut? ¿De dónde este empeño de cerrar los ojos? Miro de nuevo la prensa y me percató: estas fotografías, precisamente por su efectiva capacidad testimonial, convierten al pueblo palestino en la víctima por excelencia limpiándolo de historia y de política. Su contundencia sólo permite el duelo, pero no la reflexión. Pertenecen a esa enorme suma de documentos gráficos sobre los trabajadores de los pueblos colonizados o semicolonizados que sólo testimonian el dolor y la violencia de nuestros países, pero no los explica. Al fin de cuentas —cosas de la utilización clasista de la prensa y de la distribución de documentos—, tanta fidelidad deviene, si no engaño, por lo menos visión parcializada. Porque ¿cuál es la razón por la que estos refugiados palestinos han sido asesinados?, ¿qué pensaban, qué soñaban, cuáles eran sus mitos y sus miedos?. Las imágenes que tengo frente a los ojos me aproximan, pero también me alejan de los palestinos, porque si bien no se requiere de agudeza para saber que éstos son el caso límite de la violencia ejercida contra un pueblo (su exterminio), no se gana mucho planteándolos como excepción: ¿cómo negar la analogía con la situación de los indígenas americanos?, y para mayor evidencia, ¿no integran los sionistas también el cuerpo de asesores militares de las dictaduras centroamericanas?

Mejor hagamos hablar a las imágenes para sabernos cerca por nuestras condiciones y por nuestras luchas, para saberlos sólidos en un combate que, debido a su origen en una agresión global, étnica y de clase, implica la unión de la cultura y la política, para que a la también usual imagen del joven o la joven guerrillero sumemos la lucha no evidente y difícil que desde la cotidianeidad sostienen los palestinos en la propia Israel y en el exilio, para que conozcamos, aunque sea un poco, el trabajo de sus intelectuales y artistas que, enfrentados a la necesaria negación de la cultura palestina que como todo opresor el sionismo debe hacer para justificar su violencia, hacen de cada poema, cada relato, cada canción un triunfo en su lucha por la liberación.

Oigamos entonces las lúcidas afirmaciones de un adolescente guerrillero consciente de que sólo los pueblos ayudarán hasta el final a su pueblo —y fueron miles de trabajadores y jóvenes judíos quienes exigieron el cese de la guerra, desafiando tanto precavido silencio—, oigamos a estos hombres y mujeres reales hablar de naranjas y colinas, oigamos estos poemas y relatos dichos para desmentir la supuesta inexistencia de una cultura, oigamos, pues, a los palestinos, para sabernos hermanos.

Es con esta intención que publicamos testimonios de niños y jóvenes palestinos de campos de refugiados de Jordán, relatos, y una pequeña antología de poemas no sólo palestinos sino también de diferentes países árabes cuyo tema es la lucha de sus hermanos sin patria. No pretendemos dar una muestra total de la literatura palestina y de sus repercusiones en el mundo árabe —desconocemos, por desgracia, su cultura— pero sí posibilitar un contacto con su realidad.

Damos las gracias a Ikram Antaki que nos proporcionó la mayoría del material literario y nos orientó en la preparación de este número, también queremos agradecer la colaboración de la representación de la OLP en México.